

# MUSEO DE LAS FAMILIAS

PERIODICO MENSUAL PINTORESCO.



HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



SEGUNDA SERIE. — 1865.

El cuento, por Steinle.

TOMO XXIII. 1



## EL CUENTO, POR STEINLE.

El pintor delante de su caballete, el escritor delante de la página comenzada, no están siempre pensando únicamente en el hecho sobre que trabajan, sino que ideas de diversos órdenes, desprendiéndose del concepto principal y contrariándolo á veces, vienen á dar vueltas alrededor de ellos, y á fijarse, quieran ó no, como rayos misteriosos, en una actitud ó sesgo de frase. De este modo, la poesía oriental, y principalmente la Biblia, son capaces las mas veces de dos sentidos: uno que dimana de las palabras mismas, y otro que espresa una secreta reflexion del escritor. Semejante complejidad, que observamos en muchísimas obras artísticas, al perjudicar á veces su claridad y franqueza, les comunica particular encanto, y arrastra al espectador ó al lector á gratos delirios que descomponen el primer concepto; aunque al penetrar así las intenciones del artista, creemos trabajar con él y compartir sus puros goces. Nada se presta mejor á este género de interpretación que el pincel místico de Mr. Steinle, ya reproduzca con gran fuerza una de esas figuras meditativas, cuyo modelo existe en sí indudablemente, ya en un grupo mas parecido á un bajo relieve alegórico, que á una escena de familia, reasuma todo un lado del espíritu humano. Pues qué; en esa vieja del pueblo, ha de verse otra cosa que una anciana, diciendo un cuento á sus nietos? ¿Será menester destrozar el cuadro, y estenderse por la historia y por la filosofía? ¿Será este el objeto de la pintura? Basta que este sea el asunto del grabado que vemos; pues tanto para el autor, como para nosotros, indudablemente lo natural de las actitudes, la gracia y feliz alternativa de la composición, sirven de vestidura y de velo á una idea interior, y todos los personajes, en fin, son personificaciones perfectamente aisladas de la vida real.

Miremos el largo y espeso vestido que se recoge en gruesos pliegues debajo del asiento de la narradora; está bordado con flores que se parecen á estrellas. Y, no obstante, ¿es una mujer anciana? No lo sabemos; pero si se levantara, escedería en un codo á todos sus oyentes. Tiene el perfil del Dante, y las manos de una estática convencida; quizá es la Teología. En efecto, ese alto baston que tiene á su lado, el que al parecer lleva en su estremidad hendida un trozo de madera resinosa, figura visiblemente una cruz. Frente á la anciana del perfil del Dante, se halla sentada con recogimiento una joven rubia, mas ángel que mujer, especie de Beatriz, amante del Paraíso, y á la cual arrebatada la leyenda de un santo ó de un mártir; su hermanito, hermoso niño, de ojos profundos, medio acostado sobre un banco, deja caer lánguidamente su mano sobre el pecho. Detrás están dos adolescentes, de los que el uno se entrega al sueño y la otra escucha con estupor. ¿No preferiríamos á todas esas cabezas donde respira una precoz calma, el animado semblante, casi risueño, de la joven del capuchon? En su atenta fisonomía leemos el entusiasmo. ¿Está escuchando ese hermoso niño que se apoya en la espalda de la anciana, y que deja caer las piernas? De positivo no la mira; parece hallarse en ese período que precede al sueño, y en el cual los ojos se abren mayores antes de ir á cerrarse. El gato, inmóvil en la sombra, representa sin duda al escéptico, que deja decirlo todo con tal que él esté abrigado.

Vengamos á la parte superior de la composición. El celar-

je desaparece con el luminoso humo salido de la cruz, y sustituye á las visiones aéreas; en la estremidad de la derecha, creo ver un monograma sagrado y varios geroglíficos dibujados en el cielo, como emblema del Verbo misterioso; el personaje que camina sobre la nube ó sobre el agua, y cuya mano desaparece en una especie de saco, será el Sembrador divino que esparce la Buena nueva, su aproximación pone en fuga quiméricos arabescos, de donde salen caballeros montados sobre animales fabulosos, y un fantasma gigante, quizá el rey de los alisos, que lleva un niño en los brazos; debajo, en fin, un dragon con la boca abierta, roza casi con su bifida lengua al joven dormido.

Pero una voz burlona nos interrumpe diciendonos: «¿A dónde van vds. á parar con su interpretación? El asunto es muy sencillo, según parece que lo adivinaron vds. desde un principio, es un cuento de una velada y nada mas: la cruz no es sino un palo resinoso como el que se enciende todas las noches en ciertos países de Alemania, la Teología, el Dante, Beatriz y el gato escéptico, son puras invenciones de la imaginación de vds. No han visto bien sino los dos niños que se duermen, pero por mas que hable la anciana, el sueño los cogerá á todos; y ya se va acercando en el humo, echando arena á los ojos todavía abiertos: es Morfeo y no el Sembrador divino. Con aquel acuden los delirios y las pesadillas, caballeros, dragones, gigantes y todos los personajes referidos por la narra-tora.» ¿Qué hemos de contestar á nuestro interruptor? ¿Qué tiene razon, y que esplica perfectamente todas las actitudes y todas las particularidades del cuadro? Sin duda, pues da la traduccion literal, y nosotros buscábamos el sentido oculto.

## EL ASEDIO DE MADRID.

## SEGUNDA PARTE DEL BODEGON DE LA CADENA (1).

(TRADICION MADRILEÑA).

La lucha continua que el rey don Pedro mantuvo durante su reinado contra los grandes, cuya ojeriza quizá hizo dar nombre de *Cruel* á quien solo era amante de la justicia ó del orden, prueba, en mi opinion, que no se avenia con sus usurpaciones. — (Don José GANGA ARGÜELLES: *Dic. de Hac.*)

1.

Ya hacia algunas horas que el sol ocultándose tras la cordillera Carpetana iluminaba con su luz otras regiones mas felices, y las sombras de la noche envolviendo con su atezado manto la ciudad de Toledo, aumentaban el aspecto tétrico y funeral que dias ha entrístecía la noble capital de la España goda. Un silencio pavoroso reina en sus calles y plazas, poco antes llenas de vida y animacion. En vez de los alegres cantos de sus innumerables cuadrillas de artesanos, solo se oye á los escuchas establecidos por doquier, escitarse á la vigilancia con el grito de vela. Al ruido de las fábricas y telares ha sucedido el estridente chocar de las armas de los ballesteros y hombres de guerra que cruzan la poblacion en todas direcciones, y ni aun el sacerdote osa levantar su autorizada voz en la augusta basilica me-

(1) Véase la página 2 del tomo pasado del Museo.



tropolitana, pues el ruego al Eterno en demanda de misericordia, á traidora intencion fuera achacado, y accion de gracias en tanta desolacion no era posible articulase el lábio. ¿Qué público infortunio puede dar causa á semejante duelo? ¿Acaso la gente descreida señoera de nuevo su codiciada presa, y los descendientes de Ben Dilmún y Yahia profanan la tierra clásica de los concilios estableciendo en ella sus lúbricos harenos? No: es el terrible leon de Castilla, que rota su cadena recorre campos y poblados, ávido de sangre y de matanza, y allí se ha detenido buscando ansioso en quien cebar su garra.

En efecto, don Pedro I, obligado por una alianza absurda y escandalosa compuesta de su madre y los hijos de doña Leonor de Guzman, manceba de su esposo; de estos con aquella, autora de la muerte de la que les dió el ser, y deseo de traer á buen camino los asuntos del reino, harto revueltos á la sazón, obedeció al mensaje de los que se decian coaligados por el bien general y acudió casi solo á Toro, donde los rebeldes eran omnipotentes, con esperanza de entrar en tratos, aun á cambio de aparecer como vencido y desairado. ¡Noble sacrificio en hombre de tan indómito carácter! Pero como siempre acontece, la humillacion del poder supremo solo sirvió para alentar á los sublevados, que apenas vieron á su merced al monarca, cuando empezando su tia paterna la reina viuda de Aragon, madre del marqués de Tortosa, aspirante al trono de Castilla, por reprenderle áseramente en público, echándole en cara todos sus desmanes, cual pudiera hacerlo con un mozuelo casquivano, continuó culpando á sus consejeros de la mala gobernacion del Estado, y terminó insistiendo en la necesidad de reemplazarlos por varones honrados y entendidos que tuviesen mas cuenta con su fama y buen servicio. A replicar se disponia don Pedro disculpándolos, pero no le dieron tiempo de verificarlo, pues á su misma presencia, y á pesar de las protestas que suponemos no dejaria de hacer, fueron reducidos á prision su confidente Hinesrosa, su tesoroero el judío Samuel Levi y su canciller Fernan Sanchez, únicos que tuvieron valor de acompañarle en aquella espuesta jornada.

Sin auxiliares ni consejeros y reducido á verdadero cantiverio, fué conducido el soberano á las casas del obispo de Zamora, donde vigilado de cerca por el bastardo don Fadrique, quien se habia adjudicado el cargo de camarero mayor, se vió privado de toda plática que no fuese con ciertas y determinadas personas afectas á los coaligados. Estos por su parte diéronse á celebrar fiestas y recibir plácemes por el fácil y seguro triunfo conseguido, y entrando á saco los empleos y oficios de palacio, repartieron entre sí la gobernacion del reino, sin cuidarse de otra cosa, echando al olvido las promesas con que al ayuntarse alucinaron á los incantados seducidos por sus razones sirvieron de escabel á su encumbramiento.

Uno de los principales pretextos de la liga fué la rehabilitacion de la reina doña Blanca, obligando á su esposo á que la tratase segun el deber aconsejaba viviendo en su compañía. Tan justa querella era acogida por los pueblos con frenético entusiasmo, y la simpatia escitada por aquella infortunada princesa en los pechos de las mujeres toledanas al verla prosternada al pié de los altares invocando el derecho de asilo, fué lo suficiente para alzar en su defensa á nobles y pecheros, estorbando su encarcelamiento en el alcázar, segun órdenes del rey lo prevenian. Pero vencedores los amotinados nada se habló de la infeliz señoera, que inocente bandera de la rebelion, ahondó con esto la ya profun-

da sima abierta entre ella y su real velado. ¡Hermoso lirio la excelente dama trasplantado de las orillas del Sena á la volcánica tierra de Castilla hirviendo en criminales turbulencias, para ser deshojado con recia mano por quien solo amparo y proteccion la merecia, despues de haber visto manchada su pureza al asqueroso contacto de la infame calumnia esparcida por los que trataron de hallar explicacion satisfactoria al desvío del soberano desde los primeros momentos de su enlace! Problema histórico que, como otros muchos, no encontrará nunca solucion, pues la especie de tener don Pedro avasallada su voluntad por los encantos de la Padilla, y ser esta la causa de su repugnancia hácia su legitima esposa, no merece tomarse en cuenta sin demostrar escaso conocimiento en la indole de las pasiones. Deslices amorosos tuvo el hijo de Alfonso XI, sin que fuese rémora á su deseo la aflicion primera y constante de su vida, y doña Blanca de Borbon era doncella de notable hermosura para desdeñada por un jóven voluntarioso y mujeriego, cuando tan legitima ocasion se le presentaba de añadir un número á los escesos de su incontinencia, aun á despecho de compromisos anteriores.

Continuaba el monarca sufriendo los rigores del poco disimulado encarcelamiento en que se hallaba recluido por los que, so color del bien público, habian despojado á la majestad de todos sus atributos y derechos, y queda á la consideracion del menos discreto, cual se hallaria el ánimo de uno de los reyes mas briosos y arrojadados que registra la historia, nutrido desde el seno materno en el odio y deseo de venganza contra sus hermanos bastardos, al verse engañado, escarnecido, sometido su albedrio al parecer de aquellos y sus adeptos, tratado, en fin, cual solo pueden serlo soberanos como Enrique IV el Impotente ó Carlos II el Hechizado. Cuando se ha ultrajado de un modo tan indigno á hombres como don Pedro de Castilla, y falta valor ó medios para inutilizarlos por completo, nada mas que muerte y desolacion debe esperarse á cambio de las injurias inferidas. Llegaron estas á tal punto que escitadas las justas reclamaciones del ilustre prisionero, no pudieron negarse sus guardadores á dar mas ensanche á su retraimiento permitiéndole la compañía de don Samuel Levi, puesto en libertad bajo fianza, y habida consideracion á su fama de sugeto mas diestro en buscar trazas para allegar caudales que avezado al manejo de las armas. Aunque vigilado de continuo por encargados que no le perdian de vista, no ignoraba el monarca la mala disposicion de los pueblos en favor de sus enemigos, tan olvidados de procurar hiciese vida conyugal con su esposa, objeto primitivo de la liga, como ansiosos de medros personales. Y tanto crecieron las ambiciones que no hubo pocos que dieron oidos á las promesas y halagos de don Pedro, entre ellos su tia doña Leonor y sus dos hijos, con otros muchos caballeros de cuantía, que el astuto don Samuel á fuerza de dádivas y sagaces esperanzas iba proporcionando á su señor. Por fin, una mañana de noviembre de 1354, acompañado de su fiel tesoroero, salió el soberano en son de caza de la ciudad de Toro, y acelerando primero el paso y soltando luego la rienda á su cabalgadura, desapareció entre la densa niebla que á la sazón encapotaba los campos, dejando burlados á sus enemigos, y continuando por el camino de Segovia se apeó en esta ciudad sin el mas leve contratiempo.

Incorporado allí con la reina doña Leonor y los infantes de Aragon, envió á pedir los sellos reales á los rebeldes, advirtiéndoles le sobraba hierro y plata para fabricar otros, é inmediatamente le fueron remitidos. Desengañada Castilla



del torcido proceder de los bastardos, disuelta la liga y acogidos á merced del rey muchos de los que la componían, pasó éste á Burgos, donde las Cortes le concedieron abundantes subsidios con que pudiese pacificar el reino, acabando de dominar la sublevación, aun formidable en algunos puntos.

A las inmediaciones de Toro asienta don Pedro sus reales y alza bandera en nombre del derecho; empero su propia madre, acobardada por algunos castigos ejecutados en Medina del Campo, le cierra las puertas de la ciudad. Largo asedio requeria hacerse dueño de ella, y por otra parte urgente al rey posesionarse de la importante ciudad de Toledo, asilo de la desventurada doña Blanca.

Allá se dirige sin tardanza, pero se le anticipan los hijos de la Guzman so pretexto de auxiliar á los toledanos y á la legítima soberana de Castilla. Es en balde que algunos caballeros salgan al puente de San Martín y les hagan ver lo inconveniente de admitirlos dentro de los muros hallándose con el monarca en vías de acomodamiento muy favorables para todos. Algunos exaltados parciales de los bastardos les franquean otra de las puertas, y aquellas huestes que se decían alzadas para corregir desafueros y defender la inocencia, se apoderan de la alcaña ó barrio de los mercaderes, casi todos judíos, y allí sin mas razón que su perversidad y sed de rapiña, roban y asesinan á mil doscientos de estos infelices, no respetando sexo ni edad. ¡Dignos aliados y fraternales deudos del siempre cobarde don Tello, que empezó sus campañas desvalijando á indefensos arrieros en los caminos reales cual público salteador! Desde entonces no fué posible avenencia de ninguna clase. Cansados, mas no hartos de oro, sangre y escesos de todo género, tratan de excitar el fanatismo religioso contra la raza hebrea y atacan la Judería mayor; mas el pueblo los rechaza y ayuda á las compañías reales echándoles cuerdas con que pasan las azudes, penetrando en la población sin detenerse á combatir los puentes. Don Pedro en tanto pugna enfurecido por romper una de las puertas, que los bastardos defienden hasta verla próxima á ser incendiada. Era inminente un combate encarnizado, pues el monarca se deleitaba en desafiar el riesgo; pero don Enrique y don Fadrique apelan á la fuga, según lo tenían de costumbre cuando arreciaba el peligro, y salen por la opuesta puerta de Alcántara con tanta precipitación que los vencedores no pueden darles alcance, á pesar de la mucha diligencia que emplearon para conseguirlo.

Enseñoreado el rey de la ciudad murada, á su devoción la mayoría de sus pobladores, y los turbulentos magnates desconcertados y confusos, ocasión tuvo de contentar el público deseo reuniéndose á su esposa doña Blanca entablado nuevo sistema de gobierno, fundado mas bien que en el terror en la clemencia; pero ni de las enseñanzas recibidas en su primera edad, ni de la manera con que había sido tratado, ni de su carácter arisco podía esperarse semejante proceder; solo un bienaventurado ó un imbécil hubiera guardado mansedumbre hostigado como fué toda su vida por los que mas obligación le debían, y don Pedro de Castilla estuvo muy lejos de ser una cosa ni otra. En cuanto á su ojeriza hacia la princesa de Borbon ya hemos dicho es un enigma indescifrable que será conveniente no tratar de resolver. Sin permitirle en su presencia fué trasladada esta señora á la fortaleza de Sigüenza de orden de su marido; el obispo de aquella diócesis es encarcelado con varios partidarios de don Enrique, en Aguilar de Campoo; otros presos en el castillo de Mora; algunos mas perecen decapitados, y

en el momento que damos de mano al relato histórico y comienza nuestra leyenda, á veinte y un hombres buenos del estado llano acaba de condenar á sufrir la misma pena.

## II.

Agitado por las violentas emociones de un día de sangre y esterminio se paseaba el monarca aceleradamente en uno de los salones del antiguo alcázar de Toledo, erguida la cabeza, única parte de su persona que dejaba descubierta la armadura, cruzados los brazos sobre el pecho, mirando de vez en cuando con torba catadura á los ballesteros de maza y sayones de su confianza que en ancho círculo guarnecían las paredes de la estancia. Largo rato había pasado sin que se oyese otro ruido que los pasos y el tric-trac de las armas del soberano, cuando al fin dió suelta á su enojo parándose frente á un grupo de escuderos á los que apostrofó de este modo:

—¿Con que en esta ciudad, cuna y origen de la sublevación escándalo de Castilla, no han llegado á treinta los delincuentes á quienes se ha considerado dignos de pagar con la vida sus malos hechos? Tentado estoy, ya que tan mal desempeñáis vuestro oficio, por haceros motillar la cabeza obligándoos á tomar el hábito en San Millán de la Cogulla, buscando en otra parte servidores mas celosos que me ayuden en el firme propósito que tengo de cortar de una vez para siempre con saludables escarmientos, las rebeliones sin cesar renacientes á mi alrededor. Si, ¡voto al señor Santiago! se acabaron las contemplaciones; bien caro me ha costado el perdón amplísimo que otorgué á esos hijos de una mala mujer. De hoy en adelante no admito ni concedo transacciones, ó yo perezca ó mi planta huelle la cerviz altiva de esos orgullosos ricos-hombres de quienes he sido vil juguete.

—Cumpliendo las instrucciones de V. A., dijo en tono comedido el balletero Atienza, uno de los jefes mas afectos á su dueño, hemos averiguado quienes fueron los promovedores del tumulto, sin parar mientes en la gente menuda, arrastrada por las exhortaciones y el ejemplo de aquellos donde su natural maldad nunca les hubiera conducido, y podemos, señor, asegurar con certeza, que los caudillos de la asonada que no han servido de escarmiento en público tablado, mañana satisfarán á la justicia del rey.

—¿Y dónde se hallan, continuó éste, Roa y Juan Diente, tan activos en otras ocasiones, que no se han presentado aun á dar cuenta de sus pesquisas?

—Si no me engaña el deseo, creo haber oído su voz en el patio del alcázar, y no tardarán en ponerse á las órdenes de V. A.

Con efecto, apenas pronunciadas estas palabras, aparecieron á la puerta del estenso aposento, algo oculta en la sombra, los dos mencionados ballesteros á la cabeza de buen golpe de gente de armas, entre la cual venía maniataado un grupo de hombres que por su traje y aspecto se dejaba conocer pertenecían á la clase comun.

—Adelante, exclamó don Pedro, parándose inmóvil y brillando sus ojos bajo las espesas cejas que se elevaban y bajaban por un movimiento convulsivo. ¡Desgraciado del ser viviente á quien el león de Numidia mira de esta manera, pues va á lanzarse y destrozar su presa! Traedme á la claridad, continuó, esa camada de lobeznos, y sepamos qué clase de felonías tendré que castigar en ellos.

—Hé aquí, señor, el mas importante de todos, contestó Juan Diente, sacando de entre los demás á un anciano oc-



togenario á quien la fatiga, los muchos años y la molestia que le causaban las ligaduras apenas le permitían sostenerse. Este viejo es un rico platero á quien doña Blanca debe grandes obligaciones, pues decidiéndose de los primeros á favor de ella, hizo con su influencia en el concejo y la ciudad, ó prodigando su caudal, decidirse á los mas remisos contra las disposiciones de V. A.

—¿Quién te mete á ti, cutado menestral, prorumpió el monarca pálido de cólera, en los negocios particulares de tu rey y señor? ¿Ignoras acaso que la humilde araña vive desapercibida y feliz en su agujero sin ser inquietada por nadie, empero que si desvanecida descende á pasear régias alfombras toda planta se cree obligada á pisarla?

—Persuadido de que un hombre leal, sea cualquiera la condicion en que haya nacido, debe aventurar siempre su persona en defensa de su Dios, de su patria y de su rey, replicó el anciano tranquilamente, combati en el Salado contra todo el poder de la morisma, á pesar de mi avanzada edad. Impulsado del mismo convencimiento acudí á la defensa de la reina de Castilla, ultrajada por los malos consejeros que, estraviando la mente de V. A. prolongaban las turbulencias del reino. Si tal conducta merece castigo, segun vuestra conciencia, disponed, señor, de estos postreros años que el tiempo ha respetado y el Juez Supremo fallará entre los dos.

—Cuando mañana hayas sufrido la pena reservada á los traidores, perdiendo la vida y hacienda que tan generosamente ofreciste en mi daño á esa princesa del linaje de la flor de lis, aceptaré gustoso la residencia que invocas. Llegadle, pues, con los demás condenados á muerte.

No bien fueron pronunciadas estas palabras por el monarca, ya se disponian los guardas á conducir al sentenciado fuera de la estancia, á tiempo que adelantándose un joven á través de los presos y soldados,

—Don Pedro I, dijo en voz alta, escuchad, señor, que voy á demandaros una gracia muy en armonia con vuestro deseo.

—Habla, repuso el rey llevando la mano á la empuñadura de su daga, sorprendido al ver un mancebo casi imberbe llegar hasta él, ante quien todos temblaban, arrojado aunque sin ademan hostil, sueltos los brazos, si bien desarreado é indefenso.

—Este anciano á quien V. A. acaba de sentenciar, continuó el resuelto mozo, es mi padre: ochenta inviernos han blanqueado su cabeza; vedle trémulo y próximo á descender al sepulcro. Por el contrario yo soy fuerte, robusto, lisonjeado con la esperanza halagüeña de largos años de existencia. Pues bien, señor, tened compasion y admitid mi vida en cambio de la sangre del autor de mis dias. Si movido á piedad accedeis á lo que os pido, bien poco puede duraros tan débil contrario, al paso que en mi siempre tendreis un enemigo desesperado y resuelto, ó sereis notable ejemplo de injusticia y escándalo del mundo castigándome inocente.

—¡Hijo mio! ¿qué dices? prorumpió el viejo perdiendo la entereza que habia conservado mientras él solo peligraba.

—Trato de pagaros lo que debo.

—¡Ah, mi señor, mi rey justiciero! tened lástima de ese inconsiderado muchacho, exclamaba el anciano arrastrándose por el suelo y besando los piés del soberano, viendo el buen semblante que éste ponía á la propuesta del joven, yo solo soy el traidor, el culpable; mirad que será una horrible crueldad admitir semejante sustitucion; ved que aun no tiene diez y ocho años y no puede disponer de su persona.

—Yo le dispenso la edad, dijo don Pedro, y acojo su propuesta haciéndolos la gracia de que él solo páre en manos del verdugo, siendo así que uno en pos de otro merecials ir á entenderos con él por atrevidos. Sacadlos pronto fuera, que ¡vive Dios! ya me cansan tantas lamentaciones.

—¡Perdon, perdon! yo os serviré como un perro todo el resto de mi triste vida, continuaba el anciano siguiendo de rodillas los pasos del monarca.

—¡Basta, padre, exclamó indignado el mancebo, alzándose á su pesar, la vida no merece tanta humillacion!

Sin mas palabra ambos fueron lanzados del aposento.

—Despachemos de una vez, dijo don Pedro apenas les vió salir ¿cuál es el crimen de este hato de bellacos?

—Todos ellos son artesanos que han tomado mas ó menos parte en el tumulto siguiendo á los jefes de sus respectivos gremios, que á su vez eran incitados por la ambicion de los nobles, contestó Juan Diente. Contra ninguno resulta cargo grave; atendido lo cual, juzgo, señor, que mediante unos cuantos cientos de azotes podrá dárseles por solvientes.

—Si no tienen otro delito, vayan libres sin pena alguna, replicó el rey; mas antes atended, buena gente, á un sano consejo que quiero daros, y no lo echeis en olvido pues en los azarosos tiempos que se preparan podrá servirlos de gran provecho. Cuando os incite el diablo á comprometeros en alguna revuelta que tenga por objeto cambiar el rumbo á la gobernacion pública, calculad antes despacio lo que ganareis, aun verificado el trastorno á vuestro sabor, y si despues de maduras reflexiones no encontrareis ninguna ventaja material, palpable, positiva, para vosotros, en el nuevo orden de cosas, es prueba ciertísima de que aquella causa no es la vuestra, y de consiguiente no debeis tomar parte en ella, por mas que algunos tahures, de los muchos que en las contiendas intestinas medran á la sombra de los incautos, ignorantes de sus fullerias, traten de persuadirlos lo contrario con razonamientos huecos y bien peinados. Agradece la advertencia y marchad en paz.

Al siguiente dia de los acontecimientos que hemos procurado bosquejar, gran multitud de pueblo se agolpaba alrededor de un ancho cadalso alzado en medio de la plaza de Zocodover. Veinte y dos infelices atentos á las fervorosas exhortaciones de algunos padres franciscanos, se preparaban contritos al pié de las gradas á sufrir la suerte reservada para los vencidos en las agitaciones políticas. El verdugo dió comienzo á su infausto ejercicio, y á medida que iba disminuyendo el número de aquellos generosos mártires de su buena fé, la muchedumbre como poseída de un vértigo infernal, aumentaba su agitacion y sus aullidos, viniendo á chocar en turbulento oleaje contra el circulo de hierro que formaban los hombres de armas que guarnecian el lugar de la ejecucion. Era que los mas retrasados enviaban á los delanteros el buen sitio que les habia cabido en suerte, y al difundirse de boca en boca los curiosos pormenores del espectáculo que estos disfrutaban, no podian resignarse con su mala estrella y pugnaban por mejorar de puesto. ¡Horrible curiosidad, bastante por sí sola á justificar la desconsoladora lógica del inflexible Hobbes: «homo, homini lupus» el hombre es un lobo para otro hombre! Entre la turbamulta se hallaba un matrimonio rico en años, á quien ocupaban bien distintos sentimientos. La mujer, mal trenzada la plateada cabellera, el vestido en desorden, escaldada por el llanto las pálidas mejillas, manifestaba con sus acongojados gemidos hallarse en el último paroxismo del dolor, al paso que el varon inmóvil, muerta la expresion del rostro, parecia apagada en su frente la luz divina que



nos hace superiores á todos los seres de la tierra. Solamente cuando llegado su turno vió destacarse en lo alto del patíbulo al animoso jóven á quien hemos admirado ofreciendo su vida en holocausto del amor filial, besar contrito el crucifijo que le presentaba un religioso, alzar la cabeza al cielo como pidiéndole valor para llevar adelante aquel costoso sacrificio, y en seguida abandonarla á merced del ejecutor encargado de consumarle, pareció brillar en su mirada un destello de inteligencia que pasó fugaz cual chispa fosforescente en noche oscura.

—¡Mira, mira á nuestro hijo Andrés! dijo á la anciana ¡cuán gallardo está! ¡Dios le bendiga! ¿No le ves como fija la vista en el firmamento? Es que hoy sin falta tenía que remontarse allí, conducido por los ángeles del Señor. Ha hecho bien en escoger tan feliz morada. ¡Andrés, Andrés, continuaba el viejo dando grandes voces, yo tendré cuidado cuando asciendas para marchar en tu seguimiento!

La desconsolada madre no tuvo fuerzas para resistir aquella terrible escena, flaqueáronla sus trémulas rodillas y cayó desplomada en tierra hiriéndose la frente contra el pilar de un edificio que á la inmediación se hallaba.

Sabida su cualidad de padres de uno de los ajusticiados nadie prestaba socorro á los desventurados esposos temiendo incurrir en la cólera del monarca; únicamente un hombre vestido con el traje de los rabbís ó doctores judíos, atravesando por medio del apiñado populacho se llegó á ellos, y observándolos parado un corto espacio, travó del brazo á la anciana procurando levantarla diciéndola al mismo tiempo:

—Mujer, cuidad de vuestro marido que ha perdido la razón para nunca recobrarla. Ved como fija impasible su mirada en el sol, signo cierto de locura sin esperanza de remedio.

El que esto decía era el famoso Abraham Aben Zarsal, médico y astrólogo del rey don Pedro.

Al escuchar estas palabras, dichas por tan autorizada persona, dió treguas á su dolor profundo la madre desconsolada para hacer lugar á los santos deberes de la compañera amante y fiel. Sirviendo de guía al enagenado, que se dejaba conducir como un niño, le sacó del bullicio en dirección al hogar doméstico, donde juzgaba encontrar algún reposo. ¡Vana esperanza! La casa estaba ocupada por los sayones encargados de apoderarse de ella como perteneciente á los bienes de un traidor. Entonces la pobre vieja alentada por el valor propio de su sexo en las grandes ocasiones, volvió á asir la mano del enfermo, que aquejado por el hambre devoradora comun en los alienados, se resistía á caminar sin satisfacer su apetito, y fué á llamar á las puertas de varios deudos solicitando un pedazo de pan para su esposo y un momento de descanso para sí: todas se cerraron ante tamaña desdicha.

Así llegaron arrastrando su pena hasta la puerta Bisagra, por la cual salieron á través de los campos implorando la caridad pública, aquellos ancianos tan ricos y felices pocos días antes.

### III.

Once años han pasado, durante los cuales el espectáculo de sangrientas ejecuciones llevadas á cabo con un refinamiento de crueldad propio solo del ciego gentilismo, habia estremecido las aldeas y ciudades de Aragon y Castilla, cuando el estruendo de las armas no ensordecia sus montes y llanuras. Ni un momento de huelga vislumbraba el ánimo

en lo presente, ni una hora de grato solaz para el porvenir, y el espíritu fatigado en aquella lucha sin descanso, ó se abandonaba á la postración ó anhelaba un medio que la pusiese término, si quier fuese reprobado é ilegal. Los monarcas de entrambos países parecían empeñados en ruda competencia de inhumanidad y tiranía, segun los actos sanguinarios con que desahogaban su natural irascible, muchos de los cuales sometidos al recto fallo de la razón fueran ejemplos de notoria justicia, á no venir acompañados de circunstancias tan repugnantes que, lejos de producir enmienda conveniente solo escitaban la compasión hacia quienes nunca debieron ser mirados sino como grandes criminales. Ya habia el aragonés hecho derretir la campana que convocaba á los conjurados de la «Union» y tragar el líquido candente á los principales asonados en contra suya, al paso que recompensaba con afrentosa decapitación la nunca desmentida fidelidad que siempre le guardó su leal y sábio consejero don Bernardo de Cabrera, cuando el castellano, segun pública voz y fama, hacia dar tósigo á la sin ventura doña Blanca, convocando Cortes, con cuyo asentimiento autorizó siempre sus principales determinaciones, que reconociesen legalmente su matrimonio con doña Maria de Padilla, declarando en consecuencia legitima la prole fruto de este enlace; y hasta el rey de Portugal, de carácter mucho mas apacible que los dos anteriores, hacia arrancar el corazon por la espalda á los causantes de la muerte de su infortunada esposa doña Inés de Castro. Juzgue el lector cual seria la situación de España con semejantes encargados de dirigir el gobierno del Estado.

Empero se aproxima para Castilla la catástrofe de aquella larga tragedia. Treinta mil hombres que con el dictado de «Grandes compañías ó Compañías blancas» infestaban el suelo de la Francia, fueron persuadidos por el famoso Beltrán Duguesclin á llevar la guerra bajo sus órdenes á la otra parte de los Pirineos. Allí van esas cuadrillas de bandideros, informe mezcla de gentes de todas naciones, á ejercitar su inclinación al robo y libertinaje, ociosa en la actualidad á causa de las paces ajustadas con Inglaterra; el conde de la Marca, el señor de Beaujeu, de la sangre real francesa, deudos de Blanca de Borbon y ansiosos de vengar los desmanes contra ella cometidos, se incorporan á la expedición acompañados de la flor de la nobleza de su país. Don Enrique de Trastámara á la cabeza de sus numerosos parciales comanda al ejército invasor. Calahorra, Búrgos, Toledo, le abren sucesivamente sus puertas, aunque mal su grado y por imposibilidad de resistir las dos últimas, llegando sus corredores á intimar á la villa de Madrid la proclamación del bastardo como único soberano.

—Decid á vuestro señor que mientras viviere don Pedro de Castilla no reconoceremos otro rey legitimo, fué la contestación que el concejo y hombres buenos dieron al heraldo encargado del mensaje.

No podía convenir al invasor tolerar este mal ejemplo de desobediencia á su mal cimentada autoridad, dejando al mismo tiempo á retaguardia una población fortificada naturalmente, cabeza de un extenso territorio animado de los mismos sentimiento hostiles contra la nueva monarquía; así fué que apercibiendo sus huestes púsose en marcha con diligencia, haciendo á los pocos días alarde de ellas en las riberas del Manzanares.

Seguros los madrileños de que la enérgica repulsa dada á los parlamentarios del usurpador habia de atraer sobre ellos las numerosas fuerzas combinadas, no habian cesado un punto de preparar los medios de llevar á cabo una resis-



tencia heroica, cual cumplia á los inclitos varones encargados por sus convecinos de sostener sin mengua el sobrenombre de leales con que ya de antiguo se honraban en estremo.

Barreadas las principales entradas y sitios mas accesibles, procedi6se desde luego á encomendar su defensa á los jefes de las familias mas esclarecidas, auxiliados de sus parientes y vasallos. Al brio de los Luzones se confi6 la puerta de Guadalajara; los Luxanes resistirian en Puerta Cerrada; en la de Moros mandaban los ilustres Lassos de Castilla; los Herreras en la de la Vega; el abad y los monjes de San Martin se obligaron á sostener la bandera del concejo en el postigo del nombre de su titular y puerta de Santo Domingo. Aqui habian colocado una vieja cerbatana, sustitucion de la antigua catapulta, donada por Alfonso VI al ayuntamiento despues que se hubo servido de ella para conquistar la villa en 1084 (1). Con este ingenio arrojaban por elevacion balas hechas de piedra y mortero (de las cuales pueden haber tomado su nombre las piezas de artilleria asi llamadas actualmente) sobre el campamento enemigo sito en las alturas del camino de Fuencarral, molestándole en sumo grado lo certero de sus fuegos curvos, ya muy conocidos por entonces, como tambien la pólvora ó nafta, segun parece la nombraban.

Estraño en verdad era el aspecto de la milicia abacial con el almete bajo la cogulla y la cota de armas sobre la túnica de cenobita; pero acreditado tenian en muchos campos de batalla aquellos hombres de tan heterogénea vestimenta su indomable valor cuando la ocasion lo requeria. Acostumbrados á la ciega obediencia del claustro y seguidos de gran número de sirvientes y afiliados, unidos á ellos por gratitud á los cuantiosos beneficios que las comunidades religiosas dispensaban á cuantos se hallaban á su alcance, y en especial á sus terratenientes; con una forma de gobierno democrática y fraternal; mirando al superior cual padre venerado y no como tirano aborrecido; enaltecida de este modo á sus ojos su propia condicion, formaban las tropas de abadengo un cuerpo homogéneo y compacto muy superior en disciplina á los contingentes suministrados por los pueblos de señorío, behetría y realengo, que hacian de los ejércitos españoles de la edad media una confusa mezcla de opuestos elementos, muy difícil de organizar á no hallarse enlazadas todas sus partes con el poderoso lazo de la creencia religiosa.

Para completar la enumeracion que vamos haciendo de los capitanes encargados de la defensa del recinto madrileño, solo nos resta añadir que los Barrionuevos campaban en la puerta de Balañá y huerta de la Priora, guardando el Alcázar Ivan Ramirez, aquel peregrino, antiguo conocido nuestro, de quien hicimos larga mencion en el tomo anterior del Museo, número de enero.

Tomadas estas disposiciones aun faltaba nombrar el adalid ó caudillo, á quien el voto general confiriase autoridad suficiente para reunir en un solo pensamiento los esfuerzos comunes, sin que una vez elegido pudiera nadie evadirse de obedecer sus mandatos, so pena de ser considerado como traidor.

Unánimes estuvieron los pareceres, pues el peligro arreciaba y no habia lugar para andarse en vacilaciones, en resignar el mando supremo en la persona de Hernan Sanchez

de Vargas, señor de Cobeña, descendiente de Ivan de Vargas, veterano de Alfonso XI, y sugeto el mas á propósito para imponer á grandes y pequeños por la firmeza de su carácter, maestria en las cosas de guerra y ser uno de los mas afincados próceres en muchas leguas alrededor.

Quizá no desagrade á los lectores un ligero resumen de las ceremonias con que se le dió posesion de su cargo, iguales á las usadas siempre en idénticas circunstancias.

Reunidos doce de los principales ricos-hombres que habian honrado con su voto al elegido, en la plaza principal del Alcázar, lo levantaron en pié sobre un escudo y le volvieron sucesivamente hácia las cuatro partes del mundo, en cada una de cuyas cuatro direcciones hizo el novel capitán una cruz con la espada desnuda diciendo: «Yo, Hernan Sanchez de Vargas, desafio en el nombre de Dios, á todos los enemigos de la Fè, de mi señor el rey y de la tierra.» Dicho y hecho lo cual le bajaron al suelo y poniéndole el alférez mayor en la mano el estandarte de la villa le dijo: «Yo te otorgo en nombre del rey, que seas adalid.»

A este tiempo los enemigos iban estrechando el cerco, y ya se habian cruzado algunos tiros entre los puestos avanzados sin que los generosos defensores manifestasen decaimiento de ánimo ni cesasen un punto en su resolucion de resistir á todo trance. Los ágiles ballesteros de la campiña de Alcalá, los diestros honderos de Vacia-Madrid y Arganda, los sóbrios y robustos montañeses de la serranía donde nace el Manzanares, habian acudido presurosos al socorro de sus hermanos y señores; la poblacion estaba bien abastecida de vituallas, que se habian tenido cuidado de almacenar, y el prudente Vargas solo esperaba la formal acometida del contrario, resuelto á no aventurar combate decisivo sino al abrigo de las fortificaciones del pueblo y asperezas del terreno inmediato, desprovisto como se hallaba de gente de á caballo, en que consistia la principal fuerza del ejército de don Enrique.

Mas en tanto llega este critico acontecimiento, que por instantes se esperaba, apartémonos un breve rato del tumulto de los aparatos bélicos, trasladándonos con la imaginacion al locutorio del real monasterio de Santo Domingo, donde se advertia gran concurrencia y un bullicio inusitado en aquella mansion del reposo y la tranquilidad.

Queriendo los hidalgos mas notables poner á buen recaudo á las mujeres de su familia de las eventualidades de un asalto, dado por gentes aviesas y desalmadas, cual eran los auxiliares del bastardo de Trastámara, dispusieron acogerlas bajo la salvaguardia del claustro, interin el riesgo no se desvaneciese. Así es que la estensa sala de visitas ó parlatorio era estrecha en tal ocasion para contener la parte mas lucida de las ricas hembras madrileñas á quien sus parientes y amigos hacian gustosa compañía, cuando el deber les dejaba algun tiempo que dedicar á tan grata ocupacion.

Un grupo de caballeros conversaba con las respectivas esposas de Vargas é Ivan Ramirez, mientras la hija de la primera observaba sentada junto á su madre con aparente distraccion, los movimientos de un bizarro jóven, que por una serie de ingeniosas evoluciones y rodeos, que solo un amante puede comprender y llevar á cabo, procuraba acortar la distancia que le separaba del iman de su albedrio. Tentados estábamos, ya que la ocasion se viene como llovida, de ensartar un largo discurso sobre la influencia magnética, afinidades simpáticas, atraccion molecular, etc., etc., con lo que ganariamos fama de hombres graves y doctos en ciencias; pero no incurriremos en tal deslíz: despues de maduras reflexiones hemos acordado, que así como el mancebo

\* (1). Existe en el Museo de Artilleria. Su ánima está formada por dos cilindros; el uno tiene dos plés de arista por dos pulgadas de diámetro: sobre este cilindro se prolonga el otro con igual longitud que el anterior por veinte y dos pulgadas de diámetro.



en cuestion, sin entender palabra de semejantes cosas, sirviéndole de norte unos bellos ojos, atrayéndole de una manera irresistible lo gracioso y esbelto de un airoso talle, y simpatizando hasta perder el juicio con una sonrisa de auroa y un agradable bien decir, consiguió al fin verse al lado de la noble doncella, que por su parte hizo cuanto le fué posible para secundar las intenciones del apasionado mozo, así también podremos nosotros sin meternos en dibujos, referir en lenguaje liso y llano el breve coloquio que entabló el heredero de Ivan Ramirez, que no era otro el enamorado, con la señora de sus pensamientos.

—Cercano á entrar en desigual pelea, prorumpió el joven, vengo á devolveros la fé que me teneis prometida, depositada sobre mi corazon; pues tan celoso soy de su entereza que evitaré cobarde los golpes enemigos temiendo que alguno de ellos abra puerta en mi pecho dando salida á tan preciada alhaja: admitidla, señora, para restituirmela con creces, si tengo la dicha de volver á reclamarla, y si no torno mas, para que dispongais de ella segun os plazca, olvidando á este desgraciado, no por haber muerto como debe morir un caballero, sino por verse privado de vuestro amor.

—No es propio de las hembras de mi solar recoger la palabra que una vez empeñaron: conservadla en buen hora y corra la suerte que á vos tocara, que yo por mi parte, interin' acudis donde la honra os demanda, quedo rogando en esta santa casa por la feliz andanza de los mios, firmemente resuelta á tomar en ella el velo de las esposas de Cristo, si no me es posible serlo vuestra.

—¿Tanto me amais, Elvira?

—A lo que acabo de manifestaros, vanas serian cuantas palabras añadiere; plegue á Dios no os ocurra algun contratiempo, pues entonces vereis por mi conducta que á la mujer y al caballo solo en las ocasiones se conoce.

Bruscamente fué interrumpida la dulce conferencia de los dos amantes por el doblar á rebato de todas las campanas de la villa. Era la señal convenida para poner en armas á cuantos varones habia capaces de llevarlas. El tumulto, el sobresalto, sucedieron á las tranquilas pláticas: las mujeres derramando amargo llanto por las prendas de su cariño, los hombres tratando con voz entera de infundirlas ánimo, espacionaron en aquel recinto una desordenada confusion mas fácil de concebir que de explicar.

—Madre, dadme vuestra bendicion, exclamó Garci-Ramirez aproximándose á esta señora.

—Con bien vayas, hijo mio, contestó ella abriendo sus brazos y estrechándole contra su pecho.

Y con esto y dirigir á Elvira de Vargas un cariñoso saludo, desapareció seguido del escudero Mendo, encaminándose á toda prisa al puente de Matalobos, cuyo paso fortificado y convertido en un respetable baluarte, estaba encargado de defender.

DIONISIO CHAULIÉ.

(La conclusion en el próximo número).

## LA MUSICA Y LOS MUSICOS.

MEYERBEER.

Meyerbeer quedará en la posteridad como una de las mas poderosas individualidades de nuestra época. Dotado de un exquisito talento critico, de una voluntad á la que

nada podia debilitar, y del doble sentimiento dramático y escénico desarrollado hasta sus últimos limites, pudo muchas veces á favor de este conjunto de raras cualidades, unidas con el completo conocimiento de todos los recursos del arte, con una gran sensibilidad, con una maravillosa armonia del colorido instrumental y sobretodo con una estética profunda, suplir lo que no tenia de espontaneidad en la invencion puramente melódica, sin aparecer nunca falto de ese don celestial que es á la música lo que el alma es á la vida, esto es, la vida misma y la inmortalidad.

¡Oh Meyerbeer! ¡cuántas horas espléndidamente alumbradas por los rayos de tu génio he pasado en contemplacion de tus obras para siempre imperecederas!

Eminente y aun incomparable por ciertos lados de su carácter musical esencialmente magistral, era lento y laborioso en sus grandes producciones; á la inversa de Mozart, de Rossini y aun de Beethoven, cuyas obras casi todas han sido verdaderas improvisaciones. No podia ser de otro modo, pues no comprenderiamos el desarrollo espontáneo de las grandes páginas de Meyerbeer, donde todo está combinado para el efecto, como tampoco comprenderiamos el plan trazado de un solo golpe de una catedral de Colonia ó de un San Pedro de Roma. No pudiendo crear espontáneamente lo que conocia que debía ser bello, pues las facultades humanas tienen su limite, avivaba su musa, por decirlo así, y la animaba por medio de la ciencia que le dictaba combinaciones ingeniosas propias para aumentar la expresion melódica por medio del sentido critico, que le hacia desechar en la formacion del canto todo lo que no era de un gusto puro, ó al menos original, y por medio de todas las fuerzas reunidas de la estética, hasta que el carbono se cristalizaba en diamante en el crisol del pensamiento, deslumbrando á todo el mundo y hasta al artista mismo, asombrado, lleno de entusiasmo y muriéndose de emocion despues de aquellas embriagadoras y sublimes luchas: Así es como el gran maestro con la inalterable voluntad de lograr su fin, invirtió un mes entero en hallar en sus sorprendentes y dramáticas gradaciones los apasionados y arrebatadores acentos del aria de «Gracia, en Roberto el Diabolo;» y como Arquímedes, atormentado con la solución de un problema, hubiera el músico podido exclamar á su vez á la muchedumbre sorprendida: «¡Eureka!» Efectivamente, despues de aquella larga gestacion de inspiracion lenta, aunque robusta y vivaz, acababa de hallar los secretos de las progresiones dramáticas, las cuales nacidas con «Roberto» y desenvueltas extraordinariamente en la «Bendicion de los puñales de Los Hugonotes,» llegaron en «El Profeta» á toda la exaltacion de su poder. Este gran arte de las progresiones, de que la abertura de «Struensee» presenta también un sorprendente ejemplo, quedará para las personas que saben leer y analizar una partitura, como el lado mas majestuoso y mas personal del génio de Meyerbeer.

Recordemos una de las ejecuciones del «Profeta» en el teatro de la Opera. Estamos en el cuarto acto. Oigamos esa sencillísima plegaria, cantada primeramente por los niños de coro: «Aquí está el profeta rey.» Esta melodía contiene en gérmen maravillas imprevistas. Es el eje sobre el cual el compositor filósofo hará descansar las formidables combinaciones del final. ¡Con qué gusto y con qué fuerza de concepcion descompone el autor este motivo para dividir sus acentos á las voces y en la orquesta; hasta que reuniendo en un solo conjunto armonioso aquellos restos esparcidos, forma el tema de la peroracion del magnífico



trozo! La inteligencia, igualmente que el corazón, se sorprenden y se llenan de admiración con esos prodigiosos desarrollos y con esas inmensas progresiones, que pasan de la escena á la orquesta y de la orquesta á la escena como tempestuosas oleadas de retumbantes é irresistibles armonías, para confundirse en una de esas fulminantes explosiones, de que únicamente era capaz ese á quien la muerte ha dejado yerto.

El espacio me falta para poder en una sencilla noticia hacer apreciar á los lectores los muchos méritos de este talento prodigioso, y las pocas faltas que en él se advierten; por lo cual no he querido insistir sino sobre las cuali-

dades principales y características. Diré, pues, para reasumir todas mis apreciaciones, que Meyerbeer es por excelencia el compositor reflexivo, hábil, laborioso, instruido, dotado de juicio crítico, viendo el objeto que debe alcanzar y alcanzándolo por la energía de su inteligencia y por el valor de sus reiteradas tentativas. Menos conchado en su fuerza que lo estaría un principiante en la carrera, volvía á trabajar sus óperas en los ensayos, igualmente que Balzac volvía á trabajar sus escritos en las pruebas de la imprenta. Frecuentemente para ciertas partes de la instrumentación escribía tres diferentes versiones: una con tinta negra, otra con tinta azul y la tercera con encarnada. Los



Retrato de Meyerbeer, dibujado por Goupil

músicos ejecutaban sucesivamente estas tres versiones, y el compositor elegía al fin la combinación instrumental que de este modo resultaba definitiva.

Según se vé, semejante genio era todavía menos obra de la naturaleza (bajo el punto de vista de la facultad musical abstracta,) que resultado de las meditaciones y de la voluntad. Ignoro si es Buffon quien dijo que la paciencia era el genio. Pero si la paciencia no es enteramente el genio, podemos afirmar que no hay obra de genio que no sea también obra de paciencia. ¡Qué ejemplo hay más ostensible en apoyo de esta verdad que la vida misma de Meyerbeer! Al modo de Gluck, más de la mitad de su vida de artista se pasó en buscar el camino en que al fin debía cesar de ser un imitador más ó menos afortunado, para llegar á ser él, y abrir completamente las puertas de la tragedia lírica moderna.

SEGUNDA SERIE.—1865.

Los primeros ensayos de Meyerbeer fueron con trozos de piano, con música religiosa, cantatas y varias óperas alemanas. En estas composiciones no había nada propio para descubrir el brillante porvenir de su autor. Todo aquello pareció muy bien escrito y de armonía frecuentemente feliz y rica, pero el conjunto era frío; porque á estas producciones les faltaba un carácter individual.

Meyerbeer, ecléctico por temperamento, y que no necesitaba, como casi todos los artistas, el producto de su trabajo para vivir, porque pertenecía á una familia rica, resolvió pasar á Italia á estudiar los maestros de este país, y particularmente á Rossini, cuyo astro luminoso se levantaba ya triunfante en el horizonte del arte. Oyó el «Tancredi», y su vocación, fluctuante todavía, se inclinó hácia el género de la música italiana.

Pocos años después hizo representar su ópera italiana

AÑO XXIII. 2.



«Remilda é Constanza.» Los esfuerzos del joven alemán (esto era en 1818, y Meyerbeer nació en Berlín en 1791), para cambiar su estilo y acomodar sus frases á las fórmulas italianas, se hacen sentir en cada página de esta obra, si la comparamos con sus óperas anteriores.

Meyerbeer prosiguió en semejante camino, y cada nueva ópera del «maestro» añadía nuevo florón á su corona. Entre las obras dramáticas de su nuevo estilo, dos quedaron por mucho tiempo en el repertorio, recibiendo los honores de una traducción francesa y alemana; son «Margarita de Anjou, é Il Crociato.» Esta última ópera puede considerarse como la aurora del gran día en que el artista iba, en fin, á manifestarse todo entero en «Roberto.» En esa partitura notamos una feliz fusión del estilo germánico con el impulso y abundancia que caracterizan el género italiano. «Il Crociato» obtuvo en Italia un éxito de entusiasmo, é inspiró á su autor, lo cual fué su fortuna artística, la idea de pasar á París á fin de trabajar para la escena francesa.

Para corresponder á su bienvenida en el país que iba á ser la patria de su gloria, hizo representar «Il Crociato;» pero con gran extrañeza del maestro, aquella partitura, de un mérito incontestable, fué medianamente recibida. Este éxito á medias, lejos de desanimarlo, fortaleció sus nobles aspiraciones, y se puso á trabajar como debía hacerlo; esto es, á reflexionar, comparar y razonar el arte bajo el punto de vista del drama y del efecto escénico.

Pasáronse años que no fueron perdidos, sin que apareciese en público una sola nota de Meyerbeer: estaba componiendo «Roberto el Diabolo!» La dirección de la Ópera solo tenía una mediana confianza en el éxito de este trabajo, el cual, no obstante, debía inaugurar la feliz era de los pagos de «diez mil francos,» desconocida hasta entonces. «Los últimos ensayos generales, dice Mr. Fétis, se hicieron notables por incidentes curiosísimos. Una muchedumbre de críticos de profesión y sin suficientes conocimientos del arte, que abundan en París, se hallaban presentes, y sacrificaban el trabajo del músico con la mayor ligereza posible. Cada cual se empeñaba en decir la expresión mas burlona, ó hacia de la partitura la oración fúnebre mas ingeniosa y mas grotesca. En resumen; la pieza no debía tener mas de diez representaciones. El empresario, cuyos oídos estaban cansados de estas tristes profecías, vió en el salón al autor de este relato (Mr. Fétis), y fué á confiarle sus temores. —«Esté vd. tranquilo, le dice éste; todo lo he oído, y estoy seguro de no equivocarme. Existen aquí muchas mas bellezas que imperfecciones; la escena es sorprendente, y la impresión será viva y profunda. Esta obra subirá á las nubes, y dará la vuelta al mundo.»

Fétis había juzgado muy bien, porque «Roberto el Diabolo» ha dado la vuelta al mundo, fijándose en todas partes. En este trabajo, donde se hace sentir de sorprendente manera el colorido de la edad media con su acompañamiento de groseras supersticiones, viste Meyerbeer con riquísimo manto de orquestación y con armonías nuevas y acompañadas de melodías maravillosas, tanto por el sentimiento dramático como por la variedad y novedad de los ritmos y modulaciones. Además, crea tipos. «Beltram» canta como él solo, y sus fantásticos acentos se apagarán para no volver ya á aparecer en las obras del maestro, con los últimos resplandores de los golfos infernales, donde desaparece vencido el espíritu tentador del mal.

«Nada prospera como el buen éxito,» decía ingeniosamente Mad. Stael. La dirección de la Ópera, entusiasmada

con el éxito de «Roberto el Diabolo,» quiso asegurarse de una nueva partitura del autor que estaba en boga. Meyerbeer consintió en entregar en época determinada la partitura de «Los Hugonotes.» Una multa de treinta mil francos fué estipulada en el caso de que el maestro no entregara su obra en el plazo señalado. Sabido es que el compositor pagó esta multa; pero pertenecía á Mr. de Bievilledarnos á conocer con qué circunstancias fué pagada.

Veamos la historia, tal como Scribe la ha referido:

«Una multa de diez mil francos obligaba primeramente á Scribe á entregar á la Ópera el poema en el plazo de seis semanas. Si aquel escrito se concluía antes del plazo, Scribe debía percibir una prima de cinco mil francos. Según su costumbre, lo concluyó pronto y recibió la prima estipulada.

«El poema fué entonces confiado á Meyerbeer, y se estipuló una multa de treinta mil francos para el caso en que el compositor no entregara su música en el espacio de un año. Scribe hizo observar que la demora del maestro le sería tan perjudicial como á la Ópera, y por consiguiente exigió que le perteneciera una tercera parte de aquella multa, en el caso de tener que ser exigida. El doctor Veron, que entonces era director de la Ópera, consintió en esta cláusula. Al cabo de un año Meyerbeer no tenía concluida su obra, y el doctor le hizo pagar rigurosamente la multa. Scribe juzgó muy duro este procedimiento, pero pagada la multa, reclamó su parte; y el doctor le abonó sin dificultad los diez mil francos.

«Trascurrió un año mas, y Meyerbeer acabó su partitura. Así que la hubo concluido hizo anunciar en los periódicos que el autor de «Roberto el Diabolo» acababa de concluir una nueva ópera. Mr. Veron estaba diariamente aguardando al ilustre maestro y á su partitura; pero no parecían ni la partitura ni el maestro. El doctor comenzó á inquietarse, y fué á casa del compositor. Meyerbeer lo esperaba aquí, y no consintió en darle la partitura sino con la condición de que le fueran inmediatamente reembolsados los treinta mil francos que había pagado. Aunque en estas estipulaciones de multa Meyerbeer no ganó ni perdió nada, la Ópera, perdió diez mil francos, y Scribe los ganó.»

Cualesquiera que sean las bellezas en que abunde la partitura de «Roberto,» «Los Hugonotes» son positivamente superiores. En ellos todavía y con mayor poder y mayor sentimiento de los efectos dramáticos, sabe hallar Meyerbeer el tono general del poema y el colorido del tiempo, creando enteramente el tipo de Marcel, que es una base como Beltram, pero no toma nada de las entonaciones sánicas del maldito. «Los Hugonotes,» que fueron recibidos friamente por parte de la crítica y del público, no han dejado, como «Roberto» y «El Profeta,» de formar parte del repertorio corriente de la Ópera. Si Meyerbeer hubiese vivido algun tiempo mas, habria podido ver la cuatricentésima representación de aquella obra, la cual era una de sus preocupaciones en los últimos meses de su vida.

Tuve la dicha de asistir á la primera representación de «El Profeta» (el 16 de abril de 1849), y salí del teatro abrumado con el peso de las riquezas de este colosal trabajo, que no vacilo en colocar hoy como la primera obra del maestro. Es el fanatismo religioso el que obra como en «Los Hugonotes;» pero en «El Profeta,» el apasionado amor, sucesivamente tierno y voluptuoso de Raul y de Valentina, está reemplazado por el amor maternal de Fides, y por el fanatismo político y religioso del «Profeta.» Estos sentimientos son infinitamente mas difíciles de expresar en música, y



Meyerbeer salió de esa formidable prueba, mayor, mas completo y mas artista todavía.

Habiendo yo mencionado el melodrama de «Struensee», del cual no he oído sino unos fragmentos arrebatadores bajo todos los puntos de vista, y de ese estilo magistral que caracteriza al autor, y citando ahora sus dos óperas cómicas, «La Estrella del Norte» y «El Perdon de Floerme», cuyo éxito me dispensa de todo elogio, cerraré la presente noticia con la lista completa de las producciones del ilustre maestro. Tuve el honor de tratarlo particularmente, y conservo de él preciosas cartas que guardaré con la religiosidad del recuerdo. Era una persona amable, buena, servicial, de esquisita política y de gran sencillez de maneras. Mas que cualquier otro, quizá, era sensible á la alabanza, pero tenia el buen gusto de no hablar nunca de sus obras. Vivía modestamente cultivando su arte, aunque poseía un capital de seis á siete millones de francos.

Meyerbeer ha compuesto: tres óperas alemanas; un monodrama, también en alemán, para tiple, coro y clarinete obligado; «Struensee», melodrama sobre un poema, igualmente alemán, de su hermano Miguel Beer; siete óperas italianas; tres grandes óperas francesas; dos óperas cómicas; cuarenta y nueve melodías á una ó muchas voces; muchas piezas vocales de menor importancia; cuatro marchas militares para instrumentos de metal; una obertura en forma de marcha; una marcha llamada de la «Coronación»; una cantata y marcha compuestas para el centésimo aniversario del nacimiento de Schiller; muchos trozos de piano; diez y siete cantatas con orquesta, solos, y coro; trece no; diez y siete cantatas con orquesta, solos, y coro; trece salmos á dos coros sin acompañamiento; un «Stabat Mater»; un «Miserere»; un «Te-Deum»; dos «Pater noster»; un cántico; un oratorio; «Dios y la Naturaleza», oratorio alemán.

Debemos añadir «La Africana», gran ópera inédita, y una partitura, inédita también, compuesta el año último para un drama de Enrique Blaze de Bury, «La Juventud de Goethe». Si Meyerbeer hubiese vivido, este drama habría sido dado al teatro del Odeon inmediatamente después de representar «La Africana» en el de la Ópera; la música se compone de una obertura y de muchos trozos adaptados á las situaciones.

## DEL AMOR A LA PATRIA.

Las palabras AMOR A LA PATRIA resuenan en todos los labios; todos las repiten á cada paso; todos pretenden blasonar de patriotas; pero es muy corto el número de los que han sabido formarse una idea verdadera de su sentido enérgico y sublime. Algunos creen que este amor consiste únicamente en reunir los papeles carcomidos en que están consignadas las historias del propio país; otros opinan que consiste en dar una preferencia decidida á las prendas de sus propios conciudadanos y en disculpar sus defectos; otros suponen que consiste en tener en poco aprecio á los extranjeros. Todas estas opiniones encontradas y otras muchas, que pasamos por alto, han dado margen al sofisma pernicioso de los que dicen que el filósofo y el verdadero filántropo reconocen tan solo por su patria al mundo entero, y por sus hermanos á todos los pueblos. No cabe duda en que la humana estirpe ha salido de un solo tronco, y en que la tierra y el firmamento son comunes á todos los hombres, como lo dijo Diógenes cuando lo desterraron de

Atenas, expresándose en esta forma, propia de su cinismo: «Los desterrados son los atenienses, que viven siempre en su ciudad, yo tengo á mi disposición todo el orbe, y puedo vivir en donde mejor me parezca.» Pero las palabras de este varón, que adquirió mas fama por sus extravagancias que por su sabiduría, y que fué mas loco que filósofo, como dice el conde de Ségur en su «Historia universal», no destruyen el principio sagrado del amor á la patria, y para probarlo no necesitamos mas que estrechar el círculo de las generalidades, poniendo en paralelo las obligaciones que nos ligan á los autores de nuestros días con las que nos imponen amar á la patria.

La voz augusta de la naturaleza, y los preceptos de nuestra religión exigen que amemos al prójimo, y el que así no lo cumple es un egoísta. Pero tanto la primera como los segundos nos mandan que amemos con preferencia á los padres, porque ellos únicamente han remediado nuestras necesidades físicas y morales; ellos únicamente han cuidado de nuestra primera educación; ellos han puesto en juego todos sus esfuerzos para prepararnos un buen porvenir; ellos nos han dicho: «Sé hombre virtuoso.» Ahora bien, estos mismos cuidados que los padres han prodigado á sus hijos, la faja de tierra en que hemos abierto los ojos á la luz del día los ha prodigado generosamente á todos los que han nacido en ella. La patria ha fundado colegios para nuestra instrucción; la patria ha sancionado leyes para escudar y defender nuestros derechos individuales; la patria nos ha confiado los altos negocios que interesan mas de cerca á todos los ciudadanos; la patria, reconocida á los servicios de los hombres nobles y generosos, cuida también de sus hijos si quedan en mezquina horfandad; la patria, pues, exige con sobrada justicia nuestra gratitud, nuestra obediencia y un amor filial sin límites. Pero, además de estos beneficios, ¿no hay lazos mas fuertes aun que ligan mutuamente á los hombres que han tenido una patria común? La uniformidad del lenguaje, que es el espejo de la uniformidad de las ideas, la memoria de nuestros antepasados, que parecen repetirnos con una voz que retumba sordamente en el fondo de nuestro corazón: «Te esperamos en este sepulcro, porque así como fuimos hijos de una misma patria, será nuestro eterno consuelo que tus frias cenizas reposen al lado de las nuestras,» ¿no dan al nombre de patria un timbre sublime, que nos eslabona con la gran cadena misteriosa de las generaciones pasadas y venideras de todos nuestros compatriotas? Hé aquí por qué este nombre tiene igual dulzura tanto para los pueblos mas civilizados como para los mas rudos y salvajes, bien sea que vivan en tierras tristes y cubiertas de nieve, ó sometidas á los rayos abrasadores del sol. Todas las memorias, pues, que nos recuerdan la patria, son halagüeñas y tiernas, y nos vemos obligados á repetir las palabras afectuosas y memorables que el célebre vate Metastasio pone en boca de Temístocles, cuando interrogado por Jerjes porque ama aun entrañablemente á su patria que lo persigue, exclama: «El amor á la patria es un instinto de la naturaleza, las mismas fieras aman sus cavernas nativas. Señor, todos los recuerdos patrios son queridos: las cenizas de los abuelos, las leyes sagradas, los númenes tutelares, el habla, las costumbres, el sudor que me costó el lustre que en ella adquirí, el aire, los troncos, el terreno, las murallas, y hasta las piedras.»

Sabemos muy bien que el invencible Escipión, desterrado con abierta injusticia de Roma, dijo: «¡Patria ingrata, ni mis huesos tendrás!» Pero este desahogo de dolor no fué un